

Fe, esperanza y amor en admirable urdimbre

Nurya Martínez-Gayol, ACI

Universidad Pontificia Comillas

E-mail: ngayol@upcomillas.es

Recibido: 9 diciembre 2013
Aceptado: 13 diciembre 2013

RESUMEN: El núcleo fundamental de las virtudes teologales es constitutivamente unitario. Ninguna de ellas se comprenden aisladamente: las tres —fe, esperanza y caridad— forman una admirable urdimbre. Una urdimbre, como nos recuerda la última y primera encíclica de los papas Benedicto XVI y Francisco, *Lumen Fidei*, en la que el Espíritu Santo ilumina y anima la vida de fe desde el amor y la esperanza.

PALABRAS CLAVE: *Lumen Fidei*, admirable urdimbre, Espíritu Santo, inmanencia y perijoresis.

Faith, hope and love in an admirable warp

ABSTRACT: The main core of the theological virtues is constitutively unitary. None of them could be understood individually: all three —faith, hope and charity— compound an admirable warp. A warp, which is shown to us in the last and the first encyclicals of Popes Benedict XVI and Francis, *Lumen Fidei*, where the Holy Spirit illuminates and encourages a life of faith with love and hope.

KEYWORDS: *Lumen Fidei*, admirable warp, Holy Spirit, immanence and perihoresis.

El título de este artículo proviene del número siete de la encíclica *Lumen Fidei*¹. El texto, un poco más amplio, reza así: «Fe, esperanza y caridad, en admirable urdimbre, constituyen el dinamismo de la existencia cristiana hacia la comunión plena con Dios». Con la publicación de esta encíclica se cierra un ciclo dedicado a las tres

virtudes teologales. Una trilogía que, a pesar de su distancia en el tiempo —*Deus caritas est*² (2005), *Spe salvi*³ (2007) y esta última (2013)—, y a su autoría, pone de relieve la «admirable urdimbre» en la que de manera conjunta se muestra el dinamismo de la *existencia cristiana*. Ésta acontece allí donde

¹ A partir de ahora *LF*.

² A partir de ahora *DCE*.

³ A partir de ahora *SpS*.

el ser humano descubre y corresponde al don de Dios; don que conforma y actualiza su vida en todas las actuaciones que el creyente pueda llevar adelante tanto en la Iglesia como en el mundo.

Por razones de espacio, desarrollaré el título con el que se encabeza este artículo, fijándome, como clave de lectura de esta encíclica y de la trilogía de la que forma parte, en el término: urdimbre.

«La urdimbre»

La RAE define el término «urdimbre», en primer lugar, como un «conjunto de hilos que se colocan en el telar longitudinal y paralelamente, para formar un tejido»; también alude al «*estambre o tela ya urdida*», así como la acción misma de urdir.

Parecería que la imagen que se nos invita a tener delante es la de *un telar* donde fe, esperanza y amor serían «el conjunto de hilos longitudinales que se mantienen en tensión en un marco que representa la existencia cristiana; pero también dice referencia a la acción, *al dinamismo*, con el que la trama se va entretejiendo con estos hilos. En la encíclica se califica, además, de admirable. Ésta genera la meta ofrecida: la tela ya urdida representa la comunión con Dios.

La imagen es suficientemente conocida y habla por sí misma. En ella es posible identificar rápidamente al Dios tejedor, mientras que nuestra cooperación en su trabajo no pasa de ser y actuar como hilos de la trama, o como tejedores invitados a colaborar en la elaboración del tejido. La fe, la esperanza y la caridad como esos hilos verticales, siempre tensos, que sostienen nuestra existencia cristiana, dándole dirección y permitiendo que se vaya conformando según el diseño creador.

Sin embargo, el concepto urdimbre en la medida en la que se ha generalizado ha ido adquiriendo otro sentido, más habitual, incluso, que el primero. Se trata de un significado psico-biológico-social, que contempla la «urdimbre» como una realidad constituyente de la persona, con una fuerte incidencia moldeadora, que se va construyendo en los albores de la vida como una especie de pauta que se expresa fundamentalmente en los hábitos del individuo, así como en el entramado de sus relaciones, y que está dotada además de la capacidad de ser trasmisora a través de generaciones. Rof Carballo, uno de los autores que más han trabajado y difundido este concepto, vincula la urdimbre con la *ternura tutelar*⁴. Es

⁴ Cf. J. ROF CARBALLO, *Violencia y ternura*, Prensa Española, Madrid 1967, 215.

decir, con la relación amorosa que se establece entre el ser naciente y las figuras que le dan tutela, sentimiento incondicional de acogida, de confianza hacia la otra persona y que se expresa por medio de un lenguaje, el lenguaje de la ternura, lleno de expresiones vinculantes como son las caricias, los abrazos, los besos, el arrullo, el calor, la protección... De ahí su nombre: ternura tutelar.

La urdimbre tiene, en primer lugar, una función amparadora, tutelar –sin la cual el ser humano perecería–; función que posibilita el establecimiento de la *confianza básica*, es decir, un estado de confianza primaria en la realidad, que se adquiere en los comienzos de la vida al calor de la ternura, de ese amor y entrega personales, que crean en el infante una visión buena del mundo⁵. Esta confianza lo capacita también para proyectarse hacia el futuro, generando lo que podríamos denominar *el sustrato biológico de la esperanza*, clave para abrirlo a la experiencia del amor. Íntimamente entrelazada con ésta, la urdimbre tiene también una función liberadora, posibilitadora de autonomía, que habilita a la persona... para alzar el vuelo desprendiéndose del nido materno,

⁵ Cf. M. MEAD, *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas* (1935), Paidós Ibérica, Barcelona 2006, 50.

además de ejercer una función ordenadora de la realidad.

La «*urdimbre*» nos recuerda que en el origen de nuestra existencia hay un encuentro con un tú amoroso, que nos acoge radicalmente y en quien podemos abandonarnos con confianza. A través de la ternura tutelar llega a nosotros la *llamada del amor*, que nos solicita y nos despierta a la primera intuición de nuestra «*identidad personal*», que al estar referida a ese encuentro con las figuras parentales, implicará descubrirnos como hijos.

El triplete en el que se estructura la urdimbre: constitutiva, de orden y de identidad, fácilmente podría ser relacionado con la fe (que nos constituye en hijos), con la esperanza (que nos orienta hacia aquello que nos ha sido prometido) y con el amor (que nos otorga el rasgo identitario de los hijos de un Dios amor).

De ahí que esta acepción del término *urdimbre* nos parezca más adecuada para aproximarnos a la afirmación de la encíclica, puesto que pone como condición de posibilidad de su existencia *un encuentro*, sitúa el *amor personal* en el origen de la vida, subraya lo *relacional* y lo *social*, y establece una referencia temporal que nos permite contemplar la persona en su dimensión histórica: en su referen-

cia al pasado (memoria y tradición) y en su orientación hacia el futuro (prolepsis). Nos oferta, además, en la «confianza básica», una clave de integración para mostrar la unidad de la triple estructura antropológica del ser humano: *fiducial, expectante y amoroso*.

Confianza básica

Es el cobijo amante de la madre, el que proporciona al ser naciente *la confianza* que brota de la experiencia de sentirse amado y, por ende, digno de amor. Este saberse y sentirse incondicional y gratuitamente amado y cuidado será la condición de posibilidad que permita al infante abandonarse absolutamente en ella con la seguridad y la felicidad de quien sabe que hay un seno que le cuida y mira por su vida. En consecuencia, su mirada sobre la realidad estará llena de positividad, el mundo se le antojará un espacio de posibilidades y un terreno bienhechor, y el futuro como el ámbito donde proyectar y adentrar sus esperanzas y sueños. De este modo quedará capacitado para abrirse al *otro* como una alteridad de la que es posible recibirse y a la que deseará darse, es decir, amar.

La generación de la «confianza básica» será, por tanto, la base co-

mún de una sana confianza en uno mismo, en el mundo y en el sentido de la existencia (*dimensión fiducial*); el fundamento que nos permite contemplar la realidad y el futuro como posibilidad y no como amenaza y obstáculo continuo (*dimensión expectante*), y establecer relaciones sanas con los otros abriéndose a un intercambio de donación gratuita (*dimensión amante*).

Confianza trascendente

Pero esta «confianza básica» también puede ser vista como pobre resonancia humana de esa «*forma suprema de confianza*» que genera el Amor de Dios, al acercarse a la realidad humana como ternura amorosa. El amor absoluto, infinito, totalmente gratuito, incondicional e ilimitado de Dios, mediado por su ternura, puede entonces ser experimentado como el de un Padre que vela por nuestra existencia, como origen y fuente de vida, como protector de nuestra debilidad, que se nos oferta como roca estable donde abandonarnos, como destino definitivo al que entregarnos.

Lo que *la confianza básica* nos brinda es, entonces, el trasfondo existencial de una *confianza trascendente* en una realidad que, en su últi-

ma instancia, es «amor» y que nos da «fe y esperanza». Con ello estamos siendo conducidos hasta la raíz antropológica de las comúnmente denominadas «virtudes teológicas». Si la «confianza básica» nos ofrece la clave de una unidad psico-biológica y quasi-física entre las dimensiones *fiducial*, *expectante* y *amante* de la persona, será también la base antropológica que sostenga la experiencia de una *confianza trascendente* que, a su vez, funda la unidad teológica de la fe, esperanza y caridad.

Ahora bien, para mostrar qué confianza es ésta y dónde radica su origen, habrá que acudir a lo donado, al dato indisponible del venero divino, a la gracia. Pues el ser humano ha sido diseñado con esta triple condición *fiducial*, *expectante* y *amorosa*, como sustrato natural que la gracia conducirá hacia su realización plena y definitiva, desde dentro.

Pero, ¿quién funda en el corazón creyente la *confianza fiducial* que permite la entrega incondicionada de la propia existencia, el abandono gozoso y la esperanza cierta de un futuro pleno de promesas?

Las cartas paulinas son de extrema claridad en este sentido. Para Pablo es el don del Espíritu de Dios quien interioriza su amor en el corazón del creyente y suscita

en él la actitud filial de confianza (Rm 5, 5: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos ha sido dado»). De ahí que la respuesta complexiva al amor de Dios en Cristo –y, por tanto, la acogida amorosa de la gracia, esto es, de la nueva relación que Dios nos ofrece–, para Pablo esté comprendida en la fe y en la *esperanza*⁶. Es la ternura amorosa de Dios tocando nuestro interior –la efusión del Espíritu en nuestros corazones– la que posibilita la experiencia de la *confianza filial*.

Dios interioriza su amor en el corazón del creyente y suscita en él la actitud de confianza filial y de amor. Esta será la *experiencia de confianza que subyace a la de filiación*. Solo quien ha experimentado el amor paterno-materno de Dios puede abandonarse a él en una extrema confianza y adherirse a su Palabra y voluntad sin reservas. Éste es el creyente y el esperante por autonomasia para Pablo. *La confianza se confirma así como vínculo concreto de la inmanencia entre la fe, la esperanza y el amor*.

Pero esta confianza teológica no suprime lo natural, sino que lo per-

⁶ Cf. G. MANCA, *La Grazia. Dialogo di comunione* (Intellectus fidei, 1), San Paolo, Cinisello Balsamo 1997; ÍD., *Virtù teologiche*, Dispense, Napoli 2002, 2, 78.

fecciona, asumiéndolo. Es decir, el Espíritu derrama el amor de Dios en un corazón humano, que habiendo recibido el apoyo y seguridad «físicas» que trasmite la ternura tutelar, ha sido dotado de *la confianza básica precisa* y capacitado para creer, esperar y amar humanamente.

La «urdimbre» primera que nos constituye como seres *fiduciales, expectantes y amorosos*, se revela ahora como esa «*admirable urdimbre*», obra del Espíritu, que funda la necesaria interrelación y la profunda interconexión entre la fe, la esperanza y el amor.

Si aquélla nos permitía abrirnos a la existencia descubriendo nuestra condición filial, ésta hace de nosotros «hijos en el Hijo» (por la fe) y apunta al destino último de nuestra existencia en términos de «filiación» (esperanza).

Ahora bien, en rigor, «la admirable urdimbre» de la que habla *Lumen Fidei* no dice referencia a los datos antropológicos comunes a toda existencia humana, sino a *las virtudes teologales*. Pero deja claro que éstas *no prescinden de sus raíces antropológicas*. La encíclica nos recuerda –como un logro del Concilio Vaticano II– el haber «hecho que *la fe brille dentro de la experiencia humana*», mostrando «*cómo la enriquece en todas sus dimensiones*» (LF 6).

Algo, que ya había señalado antaño santo Tomás, convencido de que la existencia cristiana en la fe, esperanza y amor, pese a la «reserva escatológica», debe ser «una existencia humana lograda». La vida agraciada no puede ser un menos, sino un más para el creyente. Testimoniarlo así es el argumento más convincente que podemos ofrecer a nuestro mundo.

Pero esa gracia que posibilita la existencia cristiana y la conduce a su plenitud, no es un elemento externo y ajeno a la estructura de lo humano, sobre la cual se posa como una corona, un adorno o un superávit que se añade a una estructura terminada, completa y realizada en sí misma y por sí misma. La gracia que nos alcanza en los dones de la fe, esperanza y amor se incoa en esas estructuras antropológicas, que han sido diseñadas de tal modo, que están expectantes de ella. No suplanta ni disuelve la naturaleza, pero se revela esencial para poder conducirla a su plenitud. La naturaleza tiene su lógica, su autonomía y su legitimidad... pero sin la gracia no alcanzaría la meta para la que ha sido soñada, ni la plenitud que la habita como posibilidad desde la Creación. La gracia se inserta en la naturaleza, la abraza desde dentro, se incoa en ella, para que ella misma alcance su plenitud.

Nos encontramos ante la paradoja suprema de la existencia cristiana. Saber que sólo puede realizar su humanidad auténticamente desde la fe, la esperanza, el amor, y sin embargo, esta tarea que le es ofrecida a su libertad y decisión, ha de recibirla como don, al que también podría cerrarse y rechazar.

¿En qué consiste entonces esa «admirable urdimbre»?

Lo que se trata de afirmar con la metáfora de la urdimbre –sea en su versión textil, o en esta más psico-evolutiva– es que sólo en su conjunto y en sus referencias mutuas, fe, esperanza y caridad pueden constituir un adecuado esquema para describir la realidad vital de la existencia cristiana en su totalidad, como una unidad integradora de lo humano y lo divino, en camino hacia la plenitud de la comunión con Dios que nos ha sido prometida.

1) *Integración de la gracia en la naturaleza*

Por tanto, «la admirable urdimbre» apunta en primer lugar a la integración de la gracia en la naturaleza, de lo divino en lo humano. A la encarnación de la gracia en nuestras estructuras, a lo infinito viniendo a lo finito, y al sor-

prendente entramado que va posibilitándonos el ir conformándonos con Cristo, mientras caminamos hacia la comunión prometida. De este modo, la naturaleza es perfeccionada al convertirse en recipiente y expresión de lo divino. Al prestarse a serlo, «al permitir que lo menos divino de ella sea asumido por Dios, que quiere ser lo propio en lo extraño, el Logos de la ilógica, el eterno en el devenir, la vida superabundante en la muerte»⁷.

Así se entiende que *Lumen Fidei* afirme que «el dinamismo de fe, esperanza y caridad (cf. 1Ts 1,3; 1Co 13,13) nos permita integrar las preocupaciones de todos los hombres en nuestro camino hacia aquella ciudad «cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios» (Hb 11,10) (LF 57).

2) *La confianza es el vínculo que muestra la mutua inmanencia entre fe, esperanza y caridad*

En segundo lugar, la expresión «admirable urdimbre» constata que la confianza es el vínculo desde el que se articula la mutua inmanencia entre fe, esperanza y caridad.

⁷ H. U. VON BALTHASAR, *Gloria 3, Estilos laicales*, Encuentro, Madrid 2000³, 304.

Desde el testimonio veterotestamentario, y más claramente con la predicación apostólica, el texto bíblico apunta hacia el ámbito semántico de *la confianza* como el espacio común donde fe, esperanza y amor se reclaman entre sí, se superponen y se exigen mutuamente. La fe bíblica posee una *dimensión de afirmación-confesión* de lo que Dios ha realizado en la historia y cumplido definitivamente en Cristo por la salvación de los hombres. Pero esta dimensión confesante hunde sus raíces en la confianza absoluta en ese Dios que se revela y en la disponibilidad radical que este crédito posibilita. Confiándose a su palabra-promesa, sometiéndose a ella es posible la entrega y el abandono que denominamos *fe fiducial*. Esta fe comporta el conocimiento del Dios-amor que se nos manifiesta y la acogida confiada de su promesa como anticipación garantizadora de una futura autodonación plena. Esta tensión hacia el futuro es característica de la *esperanza* que, sin embargo, no podría sostenerse ni propender en fidelidad hacia la meta sin la confianza que nace de la experiencia de un encuentro de *amor*. La espera de lo imprevisible, implica la confianza amante. Confiarse en Dios es abandonarse en él, es abrir en la propia existencia una plena disponibilidad a entregarse. La *fe fiducial* es confianza en

Aquél que es digno de crédito y en el que uno se sabe seguro al apoyarse, donde puede desistir de sí para consentir tan sólo a él. La confianza de la fe y de la esperanza delatan la presencia del amor en ellas.

Se percibe así, con mayor nitidez, la necesidad de hablar, no sólo de una inseparabilidad, sino de una «*inmanencia mutua de la fe, esperanza y caridad*»⁸. Y el vínculo concreto de esta inmanencia es *la confianza en Dios*.

3) *La tríada da cuenta del total dinamismo de la existencia cristiana*

En tercer lugar, «la admirable urdimbre» pone de relieve que la mutua inmanencia que las constituye en una unidad es la que posibilita dar cuenta del dinamismo total de la existencia cristiana con la tríada.

La encíclica cita uno de los textos más elocuentes de las cartas paulinas para iluminar hasta qué punto para Pablo la nueva vida en Cristo quedará caracterizada por la que Clemente de Alejandría definió por primera vez como «santa tríada».

⁸ J. ALFARO, *Cristología y antropología. Temas teológicos actuales*, Cristiandad, Madrid 1973, 454.

da». Ésta emerge como un signo distintivo de la vida cristiana, capaz de describirla tal como es concretamente vivida y teológicamente contemplada en sus aspectos principales.

Se trata de una de sus primeras cartas dirigidas a la comunidad de Tesalónica. La referencia a la tríada se encuentra en la acción de gracias con la que Pablo acostumbra dar comienzo a sus cartas. El motivo de su agradecimiento no es otro que el testimonio de vida cristiana que está dando esa comunidad. Un testimonio que se concreta y ejemplariza en el modo en el que son vividas la fe, la esperanza y la caridad⁹.

1Ts 1,2-3: «En todo momento damos gracias a Dios por todos vosotros, recordándoos sin cesar en nuestras oraciones. Tenemos presente ante nuestro Dios y Padre la obra de vuestra fe (*tû érgu tês písteos*), los trabajos de vuestra caridad (*tû kópu tês agápes*) y la paciencia/firmeza en el sufrir que os da vuestra esperanza (*tês hypomonês tês elpídos*) en Jesucristo Nuestro Señor».

De esta manera el apóstol nos presenta en el contexto de los cristia-

⁹ En el mismo sentido, también en contexto de acción de gracias el ternario se encuentra en: 1Ts 1,2ss; 2Ts 1,3ss; Ef 1,15, y Col 1,3-5.

nos de Tesalónica en qué consiste la existencia cristiana. Ésta consiste en una vida de fe operosa en el amor mutuo, una caridad que es don de sí hasta el sacrificio y una esperanza paciente, que se mantiene firme y persevera en medio de la adversidad.

La tríada aparece en las cartas apostólicas como una síntesis teológicamente fundada, densa de significado y fácil de recordar, para expresar la esencia de la existencia cristiana. Ésta queda referida a los tres dinamismos: creer, esperar y amar. Cada uno de ellos nos habla de un don de Dios ofertado en Cristo por la acción del Espíritu que contiene la auténtica respuesta del hombre al hacer salvífico de Dios que ha tomado forma en Cristo muerto y resucitado.

También la tradición teológica posterior ha dado muestras más que claras de la necesaria interdependencia entre las tres virtudes, aunque respetando los rasgos distintivos de cada una, hasta el punto de hablar de una cierta *perijoresis*, para indicar la necesaria interpenetración y referencialidad, sólo en la cual fe, esperanza y amor pueden dar cuenta de la totalidad de la existencia cristiana.

Fue Gregorio Magno quien introdujo la idea de *perijoresis* para referirse a la *santa Tríada*, pero será

posiblemente Guillermo de Saint-Thierry (siglo XII), uno de los testigos más explícitos de nuestra tradición, en el arte de explicar la íntima implicación entre las virtudes teologales. Sirviéndose de la analogía con las tres personas de la Trinidad, escribe:

«Estas tres virtudes son conexas e inseparables en donde se encuentran, a semejanza de la santísima Trinidad. Cada una está en todas y todas en cada una. El objeto, la medida y la cualidad de la fe son igualmente objeto, medida y cualidad de la esperanza y el amor [...] A semejanza de la Santísima Trinidad, la fe engendra la esperanza y la caridad es engendrada por ambas, es decir, tiene su origen en la fe y en la esperanza; puesto que no se puede amar lo que se cree y espera. Las tres personas de la Santísima Trinidad son eternas y consustanciales; algo así ocurre con la fe, la esperanza y la caridad: ninguna es primera o última en el tiempo y las tres, por la sustancia de la virtud, son consustanciales; pero manifiestan diferentes afectos al modo de diferencias personales»¹⁰.

En parecido tenor se mueve ya la primera encíclica: *Deus caritas est*,

¹⁰ *El espejo de la fe*, Monasterio Trapense de Nuestra Señora de los Ángeles, Editorial Claretiana, Buenos Aires, § 21-22 (PL 180, 384).

que termina su último capítulo con una rotunda afirmación: «fe, esperanza y caridad están unidas» (DCE, 39). Y recurre a la mutua inmanencia entre ellas, para mostrarlo. Señala la capacidad de la fe para transformar nuestras dudas en «*esperanza* segura de que el mundo está en manos de Dios y que, pese a las oscuridades, al final Él vencerá». Es esa fe la que nos hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la Cruz suscitando a su vez el *amor en nosotros* (cf. DCE, 39). Remitiéndonos a la doble entrega del Padre y del Hijo al mundo: «tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna» (Jn 3,16)–, la encíclica nos daba al mismo tiempo la clave que nos permite comprender *la necesaria unidad y mutua inter-relacionalidad que vinculan el amor, la fe y la esperanza haciéndolos capaces de describir la totalidad de la existencia cristiana* (n.º 39).

También *Spe Salvi* subraya la imbricación entre las tres virtudes reconociendo que:

«El creyente es transformado por el Amor, al que se abre por la fe, y al abrirse a este Amor que se le ofrece, su existencia se dilata más allá de sí mismo» abriéndose a la esperanza» (*SpS*, 21).

De hecho, tanto en la conclusión de estas dos encíclicas (DCE, 40-41; SS, 49) como en *Lumen Fidei*, María, junto con los santos, son presentados como *iconos de la existencia cristiana, en tanto que hombres y mujeres de fe, esperanza y amor* (LF 41).

Lo más novedoso en *Lumen Fidei* –respecto a una tradición que se remonta a Santo Tomás– es que *el motivo de la unidad* –en la que fe, esperanza y caridad son pensadas– no descansa puramente en la meta: «la comunión con Dios», ni tampoco en la capacidad integradora del amor, sino en *las mutuas relaciones que se establecen entre ellas*, sean entendidas como una cierta perijoresis, en términos de mutua inmanencia, o como «admirable urdimbre».

Por otra parte, si tomamos las tres encíclicas en su conjunto, llama la atención el orden de su publicación. Se altera la constante presencia de la fe al inicio de la terna, y la finalización de la misma en el amor (típica del texto bíblico), que se invierte en esta trilogía que comienza por la caridad. Al hacerlo, sin embargo, se establece una prioridad axiológica, y se procede del mismo modo en el que acontece el origen de la vida humana: es el amor el que nos llama y despierta a la vida; el que funda la confianza básica y nos permite posteriormente otorgar crédito y

esperar en los otros. También en la existencia cristiana lo primero es el amor, y será este amor el que alumbre nuestra esperanza y encienda la luz de la fe.

Si la primera encíclica, *Deus caritas est*, señalaba al amor como centro y corazón de la existencia cristiana, si en la segunda, *Spe Salvi*, la esperanza nos era propuesta como meta que anticipa la comunión que aguardamos, guiándonos hacia ella, en *Lumen Fidei* la luz de la fe se nos presenta como fundamento de aquella esperanza y como «luz que ilumina el origen y el final de la vida, el arco completo del camino humano» (LF 20). Pero al mismo tiempo, la «luz» se nos muestra como clave de unidad: *lumen fidei, lumen spei, lumen caritatis*.

La luz, clave de unidad

La fe es ante todo la luz que Dios da de sí mismo al hombre (LF 7), para que éste vea con los ojos de Aquél. Se trata de ver la realidad como la ve Dios, a través de sus ojos, con los ojos que ven lo que Dios ve (cf. 22). Con los ojos de la fe. Con esta luz y con esta mirada, el creyente se adentra en un nuevo universo de realidad y luminosidad: en el conocimiento de Dios y de su plan salvífico que, como misterio absoluto, desborda siem-

pre al hombre y por ello es plenitud que abisma, luz que a la vez que alumbra crea su sombra, porque trasciende las capacidades penetrativas, explicativas y definidoras de lo finito.

«Quien cree ve; ve con una luz que ilumina todo el trayecto del camino (LF 1), porque es luz de una memoria fundante y al mismo tiempo es luz que viene del futuro y nos desvela vastos horizontes (LF 4; LF 20).

Pero esta «dimensión luminosa» no es sólo el tema central de *Lumen Fidei*. Nos es ofrecida como «clave unificadora» tanto de la existencia cristiana, cuanto de las tres encíclicas. Se comporta como aquella «*admirable urdimbre*» capaz de dar cuenta de la totalidad de la existencia y de cómo se articulan en ella el don divino y la naturaleza.

Así, el encontrarnos con «la luz plena del amor de Cristo», nos permite percibir cómo en cualquier amor nuestro hay ya un tenue reflejo de aquella luz y cuál es su meta última. Y, al mismo tiempo, afirma la encíclica: «el hecho de que en nuestros amores haya una luz nos ayuda a ver el camino del amor hasta la donación plena y total del Hijo de Dios por nosotros» (LF 32). *La luz del amor* abraza nuestros amores humanos, que pueden así ser vividos en

unión con el amor y la ternura de Cristo. «*Admirable urdimbre*» porque «la luz humana no se disuelve en la inmensidad luminosa de Dios, como una estrella que desaparece al alba, sino que se hace más brillante cuanto más próxima está del fuego originario» (LF 35).

«No hay ninguna experiencia humana –según *Lumen Fidei*–, ningún itinerario del hombre hacia Dios, que no pueda ser integrado, iluminado y purificado por la “vida luminosa” de Jesús. Esta luz es en definitiva el ámbito integrador de la naturaleza y la gracia, la que –al igual que la ternura tutelar– despierta al ser humano a su identidad más originaria: *ser en el Hijo, hijo de la luz*.

Es la luz del amor y al mismo tiempo la luz de la fe, la luz de la confianza total que nace del encuentro con el Dios vivo, y que integra también todas las dimensiones de la persona, pues la toca «en su centro, en el corazón, implicando su mente, su voluntad y su afectividad, abriéndola a relaciones vivas en la comunión con Dios y con los otros» (LF 40).

En un mundo lleno de dudas y oscuridades, «*la luz de la fe* no disipa todas nuestras tinieblas, pero se nos da como lámpara que guía nuestros pasos en la noche», e ilumina aquella parte del trayecto,

que nos basta para caminar –nos recuerda *Lumen Fidei* (LF 57)–. Junto a ella, aparece *el amor* que también *es una luz* en nuestras oscuridades (DCE, 39); y *la luz de la esperanza* que ilumina el esfuerzo cotidiano, el cansancio de la lucha contra el mal, la desazón por las pequeñas frustraciones del camino, y el dolor del fracaso en los acontecimientos de importancia histórica. En todo ello vence «la estrella de la esperanza, el ancla del corazón que llega hasta el trono de Dios» (SpS, 35 y 37).

Las tres encíclicas tratan de iluminar una de esas oscuridades que padece toda existencia: *el sufrimiento*. Y al hacerlo ponen de relieve la dimensión comunitaria del creer, del esperar y del amar. *La luz del amor* atraviesa el sufrimiento cuando éste es compartido (DCE 20, 28, 34), cuando el creyente se siente llamado a participar de

algún modo del sufrimiento del otro y hacerlo suyo (cf. SpS, 38). La *estrella de la esperanza* (cf. SS, 37) se ilumina cuando somos capaces de esperar con otros, de esperar con y por los desesperados de la historia, de arriesgar nuestras esperanzas para devolverlas a aquellos a quienes les ha sido sustraído el futuro. *La luz de la fe* brilla más resplandeciente cuando es capaz de «engendrar la vida divina» en aquellos que están dispuestos a entregar la propia por sus hermanos, abrazando si es menester la muerte (cf. LF 5, 16).

La luz de la fe, la luz de la esperanza, la luz del amor, brillarán en «admirable urdimbre» en el testigo capaz de convertir su existencia en verdadero *martyrion*. Sólo desde este testimonio haremos posible que «el mundo entero escuchando crea, creyendo espere y esperando ame» (DV 1). ■